

MASHIMÓN

LILIANA NAJDORF

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

© 2002, Liliana Najdorf

© 2002, ELALEPH.COM S.R.L.

contacto@elaleph.com

<http://www.elaleph.com>

Primera edición

ISBN 987-1070-14-4

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en el mes de junio de 2002 en
Imprimir Online S.A., Av. L.N. Alem 618,
Buenos Aires C1001AAO, Argentina.

LILIANA NAJDORF

MASHIMÓN

Ediciones **elaleph**.com

Primer libro

1

Magda pasaba las hojas de La Nación sobreleyendo los títulos con fastidio. Sentada en su cama ocasionalmente se detenía en algún artículo prometedor para abandonarlo después de tres párrafos al morderle a otra de sus tostadas de pan con salvado diet y queso blanco light. En el momento de girar una página pensó en lo bueno que sería que le gustara la comida chatarra sólo para patear el tablero, ensuciarse un poco por dentro, transgredir tanta vida sana. Luego de la disgresión, miró si estarás vieja y aburrida que al pensar en pecar sólo se te ocurre un Mc Donald's, tiró el periódico a un costado y de un envión se levantó hasta el baño en donde abrió la canilla para ir calentando el agua. En una hora se firmaba una escritura en su estudio.

¿Y hoy qué me pongo? Repasó el ropero de memoria y espió de reojo su cuerpo en el espejo antes de ingresar a la ducha, cayente pese al queso blanco y la vida sana, observó, salvo los ojos nada era lo que había sido y tampoco, porque si bien el color y la forma se mantenían ya poco quedaba de aquel brillo, de aquella profundidad tras sus pestañas, antaño espesas, que supieron embaucar a más de uno. ¿Y qué querés?, los cincuenta y ocho no vienen solos piba, tanteó la temperatura antes de acomodarse bajo la lluvia. Piba, sólo a ella o a sus congéneres se animaba a seguir diciéndoles piba. ¿Y qué?, ¿me voy a tratar de señora? A través del agua en sus oídos le pareció escuchar el sonido del teléfono, no fallaba, alguna mágica conexión debía de activarlo en el momento exacto en que terminaba de enjabonarse, dudó un segundo entre apurarse o dejar que atendiera el contestador, ¿cuán urgente podía ser como para que se justificara un resbalón con la posibilidad de romperse la crisma?, justo ahora

que estaba a punto de viajar. En dos días salía para Guatemala, el primer viaje desde que murió Roberto hacía de esto ya tres años. ¿Y porqué Guatemala?, preguntaron sus dos hijos, Mónica su socia, Javier y su nuera. ¿Y porqué no? Desde que enviudó, su gente insistía con que viajara para distraerse pero cuando finalmente lo decidió llegaron los cuestionamientos: ¿y te vas a ir sola?, ¿no sería mejor Estados Unidos que es más civilizado?, mirá si hay guerrilla, ¿sabrás arreglarte? Como si fuera una idiota, como si no fuese la profesional autónoma que era, la que vivía de resolver los problemas a los demás, como si necesitara de ellos para moverse. ¿A Roberto también le habrían dicho lo mismo de haber sido el viudo?, ¿o su condición de hombre lo hubiera habilitado automáticamente más allá de su inutilidad?, porque que Dios la perdonara y a él lo mantuviera en Su Santa Gloria pero inútil, era inútil.

Juntó coraje para el último enjuague frío que daría brillo al pelo y elasticidad a sus arterias y cerró la canilla.

—Vieja ¿estás ahí?, soy yo —pausa, la voz de Juampi en el contestador no necesitaba de mayor presentación, al ver que no respondía continuó— bueno, queríamos invitarte con Laura para que vengas esta noche a comer, avisame si no tenés otra cosa que hacer así le aviso a Lucio, llamame apenas sepas porque sino la que te jedi rezonga que no puede preparar con tiempo, como si preparara mucho la caradura pero en fin, vos sabés, un beso.

Magda recordó que había convenido en ir al cine con Javier a la vez que escuchaba el mensaje en viaje hasta el ropero, pero la promesa de una comida junto a sus dos hijos, la nuera y sus nietos descartaba cualquier otro programa, sorry Javier.

Devolvió rápido el llamado mientras se ponía las medias, atendió su hijo mayor.

—Hola amor, claro que puedo ir, con mucho gusto, pero decile a tu mujer que no hay nada que preparar, yo llevo el postre y el vino y además estoy a dieta.

—Para variar. Justo acaba de llamar Lucio y ya le dije, viene con su novia nueva, te esperamos más o menos a las ocho, cena de despedida.

—Che como si me fuera para siempre, si en dos semanas estoy de vuelta.

—Ah, eso nunca se sabe, a ver si ahora que le tomás el gustito a irte sola te perdemos.

—No te hagas ilusiones, no me sacarán tan fácilmente de encima.

Se terminó de vestir con una sonrisa, si había algo por lo que se sentía afortunada eran sus hijos. Si era cierto eso que decían los budistas de que todo lo que tenemos es consecuencia de nuestro karma, entonces debió de haber sido una santa en su vida anterior porque tanto Juampi como Lucio eran fantásticos. Y también Laura, agregó mientras empezaba a maquillarse, que bien podría haber tenido hijos bárbaros pero una nuera jodida como las que les tocaron a algunas de sus amigas pero sin embargo no, sólo un poco obsesiva pero también ella un fenómeno, más otra hija que una nuera porque la conocía desde criatura, Juampi se había puesto de novio a los diecisiete y ahora tenía treinta y dos así que eran..., abandonó el cálculo, qué sé yo cuántos, una vida y ni que hablar de los nietos, Gonzalo y Jimena, dos locuritas, y lo linda que era su relación.

No, imposible pensar en pintarse, desechó la sombra para párpados que había comprado la tarde anterior al confirmar que el color le resaltaba las arrugas, especial para dar luz a su mirada, dijo la vendedora, una pendejita que sabía de maquillarse a los cincuenta y muchos tanto como ella de embalsamar cangrejos; claro que la iluminaba, el tema era que apuntaba la luminotecnia justo a lo que quería disimular. Qué difícil le resultaba aceptar el cambio entre aquella mujer que había sido y este esperpento que cada día la saludaba en el espejo, que si bien nunca fue una diosa sí supo ser.

Bueno che cortala, lo que menos necesitaba era empezar el día con una oda a la juventud perdida. Tiró con fastidio la cajita de la sombra (otra compra a la basura), mejor que valorara lo que había porque de aquí en más se vería un poco peor cada año y eso siempre y cuando siguiera de este lado porque en cualquier momento cruzaba la frontera y andá a quejarte de las arrugas. Aparte sólo a esta edad se podía ser abuela, aunque en realidad lo era gracias a Juampi porque si fuera por Lucio... era duro para casarse, cada dos meses cambiaba de novia y ya andaba por los veintisiete pero en fin, ya en su momento se decidiría; lo importante era que estaba bien, que se lo veía contento, que hacía bien eso que inventaba con la computadora, que vivía como quería. En ese sentido tenían suerte los dos

porque se dedicaban a lo que les gustaba, que no era por mandarse la parte pero la verdad que ese rubro se lo debían a ella, había insistido tanto en que respetaran su vocación, repitió tantas veces que no importaba si existía campo para lo que eligieran ni que estudiaran sí o sí una carrera tradicional como decía Roberto, que siempre habría espacio para el que hiciera algo con pasión y así fue: Lucio era diseñador gráfico y Juampi alfarero y pintor.

Si habrá peleado con su marido, que en paz descanse, que fue un artista frustrado, un abogado que vivió amargado por no animarse a la plástica o como ella misma que moría por ser actriz y en cambio se metió a escribana sin que le importara un comino su profesión. Pero no tuvo otra opción, ¿qué iba a hacer?, si cuando sugirió que quería estudiar arte dramático, su padre, el Ingeniero Carranza, un catalán más tieso que los puentes que construía, por poco la mata: antes muerta que bataclana, dijo y andá a contradecirlo, con esos ojos que miraban de costado y la aterrorizaron desde siempre, que la achuchaban aún hoy, semejante grandulona y él sólo un fantasma impiadoso en el recuerdo. Si hasta Roberto había estado de acuerdo (al conocerla en la facultad años más tarde) en que una mujer de su clase no podía andar vestida de loca por encima de un escenario ni exponerse frente a los ojos de cualquiera. Por eso ella insistió tanto en que los chicos obedecieran solamente a su deseo y no se equivocó, Juampi vivía quizás un poco más apretado porque la familia exigía gastos pero igual se lo veía feliz, satisfecho con su vida. Por suerte que ninguno había salido al papá que no era por criticarlo, Dios la perdonara, pero siempre le faltó un centavo para el peso, nunca estuvo conforme con nada, permanentemente con una queja a flor de labios, si no debió de ser casual que se haya ido tan joven, ¿o acaso cincuenta y siete años era edad para morirse?

Ya vestida recogió la cartera y el saco, dejó una nota para Arginia, la señora que se ocupaba de la limpieza, indicándole que no preparara nada para la noche pero que enviara el traje azul a la tintería y repasara el armario de la cocina en el que otra vez había visto cucarachas; certificó que llevaba consigo las llaves del coche antes de cerrar la puerta de su departamento de la Avenida Pueyrredón, un caserón que su esposo había comprado con capricho de nuevo rico cuando los chicos aún vivían con ellos pero ya podía preverse que no sería por mucho tiempo: apostando a que el lujo evitaría que sus

hijos crecieran trató de sobornarlos con una buena casa y no hubo manera de convencerlo que el lugar sobraría cuando se largaran. ¿Qué apuro tienen?, si acá nadie los molesta, vas a ver que no quedarán perder el barrio ni la comodidad de su cuarto, repetía empecinado. En respuesta y sin tomarlo en serio los muchachos lo acusaban de ser una mezcla de pater siciliano y mome maine y ella no los contradecía.

Por supuesto que menos de dos años después de mudarse ya Juampi se había casado y Lucio buscaba casa propia, entonces Roberto se enfermó. De bronca, tradujo Magda cuando el médico diagnosticó hepatitis, le dio en el hígado. Nunca se recuperó. Estaba convencida que había muerto de amargado, por no tolerar que los hijos hicieran su vida y que la hicieran encima de un modo que él jamás se había permitido. El tema es que, tal como lo había previsto, cuando se fue ella quedó anclada en aquel caserón que le sobraba. Pero estaba perfecto, nunca mencionó a nadie lo que pensaba sobre la enfermedad de su marido y menos que a nadie a sus hijos, ¿para qué?, sólo a un loco se le podía ocurrir que renunciarían a crecer para acompañarlo. Ella siempre los alentó para que se independizaran, bregó para que los soltara, que fueran libres. Y lo eran, o por lo menos eso creía, más libres que ella y más sanos que Roberto, consultándose todo entre sí, contando el uno con el otro.

Sonriente llamó al ascensor y sonriendo esperó hasta que llegara pensando en lo bien que se llevaban los hermanos, sólo cuando la puerta terminó de abrirse notó que venía con gente y que el que estaba adentro era nada menos que el milico del tercero.

Se le deshizo la sonrisa.

Era ese al que habían escrachado unos meses atrás porque decían que era un torturador del proceso; él mandó una circular a los vecinos alegando su inocencia, aseguraba que no había estado en el país durante los años de plomo en respuesta a un proyecto que se barajó en el consorcio exigiéndole que se mudara; si fuera por las declaraciones de esos delincuentes se podría pensar que reprimieron por correspondencia porque el ejército entero aducía haber estado afuera en esa época, pensó mientras decidía si subiría o no; de todos modos no pudieron obligarlo a irse, en principio porque no hubo coincidencia pero también y sobre todo, porque aunque fuera un asesino era dueño del departamento y no estaba preso. Nunca antes

se lo había cruzado estando solos. ¿Iba a viajar con ese tipo?, pero estaba apurada y para cuando terminó de resolverlo ya estaba adentro.

—Buen día.

—Buen

No terminó la frase, mejor no lo saludaba, él tampoco insistió y bajaron en silencio mirando al suelo. ¿Sería cierto?, con la cara de bueno que tenía, igual al tío Manuel. Al llegar a la planta baja la dejó pasar primero y tuvo que refrenar el impulso de darle las gracias. Quizás con esas mismas manos que le abría la puerta.

Se obligó rápido a cambiar de tema, ¿en que estaba pensando cuando llegó el ascensor? Ah sí en los chicos, en lo bien que se llevaban, en que la última vez que Juampi y Lucio se pelearon debe haber sido a los catorce o quince del mayor y después ya nunca más, por supuesto que por momentos discutían pero siempre andaban juntos, cada uno era el mejor crítico del otro, Juampi no daba por terminada una obra hasta que Lucio no opinaba y Lucio no presentaba un proyecto si su hermano no daba primero el visto bueno. Laura protestaba a veces simulando que estaba celosa de su cuñado, decía que mientras su marido tuviera a Lucio ya no necesitaba de nadie pero era una broma porque se llevaban bárbaro los tres, había que ver la chochera que tenía el tío con los chicos y ellos con él.

—¡Pedazo de bestia! —gritó sacando la cabeza por la ventanilla tras esquivar un colectivo que se le tiró encima, cada vez manejan peor estos animales, total qué les importa, si matan a alguno paga el seguro pero si tardan con el recorrido les cobran multa.

Con fastidio constató que otra vez se le había ido la alegría, de nuevo se apuró a buscar el tema perdido. ¿En qué estaba?, ah sí, en Laura. En que vivía presentándole amigas a Lucio pero ninguna lograba engancharlo. Últimamente andaba entusiasmado con la de turno aunque con él nunca se podía saber, habría que ver hasta cuando le duraba porque era pura espuma, con todas al principio pensaba en casarse, decía que ahora sí, que era el gran amor de su vida, que por fin la había encontrado pero pasaban unas semanas y Magda se preguntaba si no le daría miedo el matrimonio porque quizás la había visto mal con el padre pero cuando le preguntó dijo todo lo contrario: que para decidirse esperaba adorar a alguien como Roberto a ella o su hermano a Laura. La verdad es que a pesar de

nuestros mambos tan mal no debimos de haber hecho las cosas si con el difunto pudimos armar esta familia, concluyó entrando al garaje de su oficina en donde abandonó el coche dando por sentado que el encargado lo estacionaría, se apuró a subir al ascensor que había llamado para ella.

—Buenos días, escribana —la secretaria, una rubia de ojos bobos, se levantó apenas Magda atravesó la puerta y la siguió hasta su despacho leyendo las novedades de un cuaderno:

—Dice la doctora Zuartilla que nos comuniquemos con su estudio para firmar el contrato con el señor Quiroga; se aprobaron los datos para la escritura de la señora Ludueña; llamaron de la agencia de viaje para pedir el número de su pasaporte, está confirmado el transporte que la recogerá en el aeropuerto de la ciudad de Guatemala, la vuelta es para el veinticinco de julio y

—Beatriz —Magda giró lento hasta enfrentarla— me gustaría llegar a mi escritorio, sacarme el tapado, tomar un café y recién entonces sentarme a escucharla, ¿cree usted que sus noticias podrían esperar unos cinco minutos hasta que termine con esa rutina antes de empezar a informarme?

—Sí escribana, perdóneme escribana, ya mismo traigo su café, con permiso escribana.

—Te tiene pánico —Mónica, su socia, se hizo a un lado en la puerta para cederle el paso— te ve y se acelera la pobre, no sabe qué hacer para conformarte.

—Será por los latigazos con que la castigo —Magda se ubicó en su sillón espiando sin interés las anotaciones que Beatriz había dejado.

El estudio de Magdalena Carranza de Iníiguez y Mónica Sáenz Lamas de Montalbán era un piso amplio con vista al río, decorado con la dosis exacta de formalidad y elegancia propia de dos profesionales tan eficientes como el mejor de sus colegas varones y tan femeninas como la mayor parte de sus clientes: distinguidas viudas o divorciadas que ignorantes de los asuntos de papeles confiaban en ellas el control de sus bienes; sociedad meritória y responsable que operaba desde hacía más de treinta años con una reputación reconocida en el medio.

Magda y Mónica (M y M para el ambiente) fueron socias desde que se recibieron y amigas desde que compartieron el banco en la

escuela Antonio A. Zinny del barrio de Caferatta en Parque Chacabuco, en donde ambas cursaron la primaria. Más que eso Mónica fue el motivo por el cual Magda llegó a la profesión en el momento que su padre se negó a que fuera actriz y la obligó a elegir un oficio honorable.

Poco antes de aquello había muerto su madre, Ema Olaguer de Carranza, una sevillana inquieta que habiéndose enamorado locamente (valga la redundancia) del apuesto Ingeniero cuando éste llegó a su ciudad para montar uno de sus mamotretos de acero, no dudó en seguirlo hasta estas tierras alejadas de Dios y de los suyos en las que gota a gota fue perdiendo su alegría.

Siete días después que Ema Olaguer conociera al Ingeniero Juan Alberto Carranza, joven tan promisorio como bello de carácter volcánico y habla escueta, hubo en las calles del barrio de Santa Cruz, antigua Judería de la ciudad de Sevilla, un confuso entrevero de sangre y juego entre el Ingeniero y un subalterno de la empresa que lo contrataba. Pelea poco clara de la que mucho se habló y poco se supo que dejó a uno estropeado y con deseos de revancha y al otro persuadido de seguir encastrando sus puentes al otro lado del océano. Justamente aquella fue la decisión que el Ingeniero le comunicó a Ema apenas despuntó la mañana siguiente a la trifulca aunque sin aclarar el porqué de tanta urgencia, solamente la invitó a viajar con él hasta la América a bordo de un barco que zarparía dos días más tarde contrayendo previamente matrimonio, ya que jamás realizaría semejante travesía con ninguna otra mujer que no fuera su legítima: casarse al mediodía, atravesar la noche de bodas en un camarote de primera clase y amanecer ya en alta mar como marido y esposa, fue exactamente la propuesta.

No alcanzaron los sí para que la muchacha aceptara pese a los ruegos de sus padres, Ana y Alfonso Olaguer, que aunque no cuestionaban al candidato al que jamás habían visto, aconsejaron que se tomara antes un tiempo para pensarlo. No obstante de nada valieron las amenazas de Alfonso, los desmayos de Ana ni el llanto de ambos para impedir que su única hija se lanzara hipnotizada al mar y al matrimonio tras un destino tan enigmático como el hombre al que seguía. Ema Olaguer, para quien la vida no era más que una zarzuela, se casó convencida de ser la protagonista de un drama que bien valía

el dolor de sus padres, ay, más la renuncia a sus paisajes; la ignorancia de su juventud sumada al apremio del Ingeniero hicieron el resto.

Pero menos que nada duró la música, la poca maña con que el hombre abordó las sutilezas conyugales, circunstancias en las cuales Ema no sólo desconocía qué hacer sino que además temía qué esperar, le gastaron el hechizo antes aún que las nuevas tierras emergieran por detrás del horizonte. Algo más resistió la porfía en creer que su marido guardaría en su interior bellezas semejantes a las que mostraba y aunque pronto lo descubrió tan mezquino con el dinero como con las caricias, severo en las trivialidades, corto de pensamiento y lacónico en la fantasía, el amor perduró, obcecado, por un tiempo más antes de extinguirse. Pero cuando finalmente se agotó, quemó el resto de sus fuerzas en la agonía y ya no alcanzaron el nacimiento de Magdalena, la compañía de su nuevo grupo de amigos, porteños con acento extranjero, inmigrantes corridos por el hambre y las guerras que conformaban la nueva Argentina ni el reencuentro con Alfonso y Ana, quienes huérfanos al revés emigraron tras ella, para que Ema Olaguer de Carranza seca, sorprendida de odiar al mismo que supo amar hasta el exilio, muriera antes que su hija cumpliera quince años.

Tan incapaz como su madre para prever el futuro y criada en el terror al Ingeniero, Magda jamás se animó a desobedecer sus mandatos. Por eso cuando le prohibió que estudiara teatro eligió secundar a Mónica en la elección de la carrera para tener, al menos, la oportunidad de continuar con sus charlas sin pensar en que después de recibida habría de estar en contacto con la misma actividad que aborreció desde un principio.

—Agradecé que no seguí química orgánica u oceanografía— solía responder su amiga en las ocasiones que Magda la culpaba por lo aburrido del oficio.

Sin embargo no le resultó difícil la tarea, en seguida captó los códigos para aprobar los exámenes mientras estaba en la universidad y conquistar, luego de graduarse, una buena clientela que le permitió afianzarse en lo suyo. La sociedad con Mónica fue un factor determinante ya que descansó sobre ella muchos de los aspectos tediosos que probablemente sí la hubieran frenado de haber trabajado sola.

Mónica Sáenz Lamas en cambio nunca tuvo dudas acerca de lo que haría. Hija, nieta y sobrina de escribanos, su camino estuvo mar-

cado desde un principio por un apellido jerarquizado dentro del ámbito legal a partir de que un primer juez, tío abuelo suyo y ex ministro de la nación con ínfulas frustradas a presidente, descendiente de uno de aquellos que ganaron tierras a cambio de orejas de indios, reformuló algunas leyes intentando compensar la infamia que dio origen a los bienes de su familia.

Mónica nació entreverada con la menopausia de su madre, una señora de prosapia que descubrió que volvería a ser mamá tres meses más tarde de haber debutado como abuela. Así también creció: rebelde y quince años después que el último de sus cuatro hermanos varones, sabiendo que la única opción para escapar de un destino de ama de casa y tilinga de sociedad era seguir la carrera de sus mayores, por lo que desarrolló una vocación conveniente que fue compartiendo con su amiga en las charlas interminables que comenzaron cuando las dos tenían siete años y nunca más callaron.

El padre de Mónica había enviado a su hija a la escuela pública porque miraba con simpatía ciertas ideas progresistas; el Ingeniero Carranza, admirador de Franco, en cambio optó por la educación estatal sólo por tacañería. Mientras ambas cursaban segundo año superior, como se decía entonces, y harta ya del revuelo que Mónica hacía en clase, la maestra decidió juntarlas en el tercer banco de la izquierda para ver si la timidez de una lograba aplacar la exuberancia de la otra. A partir de ese momento, que Mónica vivió como un castigo y Magda como una injusticia, jamás se separaron.

Opuestas en la personalidad tanto como en las apariencias, viniendo de cunas, ideologías y crianzas divergentes; soñando para sí destinos discrepantes, armaron sin embargo uno de esos vínculos mágicos, telepáticos e inquebrantables que sólo se da cada tanto entre elegidos.

Mónica era una rubia de pelo llovido que levantaba la cabeza a un metro setenta del piso coronando un cuerpo magro que deslizaba con movimientos de ola, en tanto que su amiga, morocha y enrulada, medía poco más de metro y medio, vivía en guerra perpetua contra la balanza y sus gestos, simpáticos de tan torpes, se desprendían de sí sin excesiva coordinación. Mientras una se proyectaba como la futura estrella de las salas del juzgado, la otra se imaginaba con idéntico fulgor en otro tipo de espectáculo; Mona era contestataria, Magdalena sumisa; la primera lógica, la segunda disparatada; la una pensante,

la otra pasional. Mona amaba el campo y el sol, Magda el asfalto y las tardes de lluvia. Aún así supieron adivinarse desde un principio viviendo en paralelo vidas semejantes aunque desde lugares distintos.

Las dos conocieron a sus respectivos maridos estudiando Derecho Penal, también amigos entre sí y se casaron una a continuación de la siguiente. Mona tuvo a Carolina dos meses después que naciera Juampi y a Valeria tres semanas antes que llegara Lucio; también los nietos vinieron al unísono y sólo con los sexos cambiados: Carolina parió a Mayra cuando Laura a Gonzalo y Mateo le llevaba diez días a Jimena. Cada una fue testigo, madrina de bodas, confirmación y bautizos alternativa y mutuamente. Cuando Roberto Iñíguez murió, Alberto Montalbán, el esposo de Mónica, temió por su propia vida:

—A ver si también siguen juntas en esto —bromeó, y no fue el único en pensarlo.

Roberto significó para Magda en lo emocional lo que Mónica en lo laboral: socios adecuados en los que pudo apoyarse para vivir una vida a resguardo, correcta y vacía.

—¿Estás segura de querer hacer este viaje? —Mónica cerró la puerta cuando Beatriz salió y se ubicó en el sillón frente al escritorio— ¿no sería mejor un tour organizado o algo más protegido?, no entiendo qué se te dio por ir a Guatemala.

—Ay cortala che, ¿qué querés?, ¿que me meta en uno de esos grupos para la tercer edad en los que te llevan, te ponen y te traen?, como si fuera al fin del mundo. Es Centroamérica, tampoco es tanta cosa, ¿acaso no fue Gabriela el año pasado de mochilera y volvió sana y salva?

—Sí, pero mi sobrina tiene veinte años y está acostumbrada, en cambio para vos será la primera vez que cruces Ezeiza sola.

—Ay Mona, ahora vas a decirme que una pendeja que no sabe sonarse los mocos se maneja mejor que yo, una señora profesional, veterana de cincuenta y ocho que hace rato que viene bailando.

—Está bien, me doy por vencida. ¿Y Javier qué dice?

Únicamente su socia y una o dos de sus amigas más íntimas estaban al tanto de la existencia de Javier:

—Nada, ¿qué querés que diga? —no entendía porqué la sola mención del nombre la ponía tensa.

—¿Qué?, ¿no opina?, ¿no le jode?

—¿Y porqué le va a joder? —le hubiera gustado cambiar de tema— pasar una noche juntos cada tanto no lo autoriza para opinar —al notar que contestaba mal trató de suavizar el tono— también insinuó algo de porqué Guatemala como el resto, pero nada más y la verdad es que si hubiera querido agregar otra cosa tampoco se lo hubiera permitido.

—No te gusta, ¿no? —como si no lo registrara, Mónica no hizo alusión al malestar de su amiga.

—Me viene bien, le vengo bien, qué sé yo si me gusta. A esta edad no creo que nadie pueda gustarme ni tampoco me siento demasiado gustable. Nos recomendamos películas, compartimos alguna comida, cada tanto hacemos un poco de esa gimnasia que hace bien al cutis y a la depresión, suficiente. Tómese en dosis semanales si no quiere terminar de convertirse en una vieja chota.

—No es bueno escucharte hablar así.

—Entonces dejame laburar y no preguntes —levantó el teléfono para llamar a la secretaria con lo que dio por terminada la charla— ahora sí Beatriz, estoy lista para escucharla.

El resto de la tarde se le escurrió entre papeles hasta que a eso de las seis recordó que no le había avisado a Javier del cambio de planes, ¿sería que postergaba el llamado porque no quería anularlo?, parece que tengo ganas de verlo, reconoció sorprendida mientras discaba.

—Hola Javi soy yo, ¿cómo estás?

—Acá, peleando con una maqueta que debo entregar antes del fin de semana.

—Eso responde a qué estás haciendo, no a cómo estás —se arrepintió antes de terminar, siempre le pasaba lo mismo: no podía evitar corregirlo— bueno, no importa —decidió seguir— me vas a matar pero surgió un inconveniente y no podremos vernos —notó que hablaba con culpa y que ésta se incrementaba cuando registró el silencio del otro lado.

—Estaba esperando a que me canceles —respondió el hombre después de un momento— pero como a esta hora todavía no había tenido noticias tuyas creí que a lo mejor lográbamos encontrarnos.

—Sos malo che ¿cuándo te cancelé como decís?, sólo hoy y alguna que otra vez que no pude.

—Sí, solamente hoy y las últimas cuatro veces pero nada más — a pesar del reclamo usaba un tono risueño de resignación— pero está bien, lo único que lamento es que no nos veamos antes de tu viaje pero si no podés no hay problema.

—Vos también con lo del viaje, como si me fuera por no sé cuánto tiempo, si en quince días vuelvo, justamente por eso es que no puedo, porque los chicos me hacen una comida de despedida y no quise negarme —al escucharlo se le intensificaron las ganas de verlo— pero si querés nos encontramos después —improvisó sobre la marcha— a las once a más tardar voy a estar de vuelta, en todo caso te espero a esa hora.

—Acepto antes de que te arrepientas.

No sabía porqué no terminaba de entusiasmarse con él: era culto, inteligente, buen amante. Sobre todo eso último, recién entonces descubrió para qué deseaba verlo esa noche, pero nada más. ¿Y qué más querés?, ¿que vista de azul montado en un corcel blanco? Qué sé yo qué más quiero, se contestó fastidiada con ella misma, que me pase algo cuando lo veo, que aunque sea me sacuda la perspectiva de encontrarlo, como si se pudiera elegir en el amor.

—Escribana, la doctora Zuartilla por la línea dos —la voz de Beatriz la interrumpió.

¿Qué amor piba?, alcanzó sin embargo a preguntarse mientras levantaba el tubo, ¿a tu edad?:

—Sí Beatriz, pásame —miró el cielo a través de su ventana, estaba en ese punto exacto en que el gris se encoge hasta la noche y glup, otro día que se acaba. La alegraba la perspectiva de irse, por lo menos viviría algo diferente durante dos semanas.



La casa de Juampi y Laura era un P.H. de dos pisos reciclado en la calle Bucarelli del barrio de Villa Urquiza. Cuando los chicos lo encontraron, antes de casarse y más de diez años atrás, se trataba de una de esas típicas casas de Buenos Aires, una planta única construida al fondo de un pasillo más largo que el olvido con un patio central, cuadrado desbastado al que daban varios cuartos de dimensiones prodigiosas, excesivo para una joven pareja que ni esforzando su imaginación podían explicar para qué querían tal profu-

sión de metros cuadrados en el peor estado concebible. Magda nunca olvidó la perplejidad que sintió cuando Juampi consultó con ella y con Roberto antes de comprarlo. “Fantástico, maravilloso, increíble” repetía su hijo exhibiendo aquella ruina mientras ella trataba de adivinar a qué se refería. El único motivo por el cual la operación no le pareció totalmente desastrosa además del precio, fue por las características de la cuadra: arbolada, misteriosa, con aquellas casonas que la hacían pensar que al menos estarían rodeados por vecinos respetuosos del pasado, buena gente.

Poco quedaba ahora de la construcción original. El esfuerzo de la pareja sumado al de sus parientes y amigos, feriados y fines de semana dedicados a cepillar puertas, revocar paredes y pulir mosaicos entre partidas de truco y asados en medio de escombros, junto a dosis equivalentes de imaginación, igual cantidad de paciencia y algo de dinero, consiguieron convertir aquel destrozo en una casa luminosa y cálida de dos pisos. Desde el pasillo, que con su misma longitud fue transformándose en una pérgola con la puerta al fondo, hasta el techo que mutó a piso del taller extendiéndose a lo largo de toda la superficie: galpón atestado de telas, vasijas, piezas a medio terminar, tornos, ruedas, grúas y molinetes que asemejaban el lugar más a un taller mecánico que al atelier de un artista, cada metro fue pensado como parte de un espacio vivo que evolucionó con los cambios de la familia y daba cuenta de quienes lo habitaban.

La cuadra siguió arbolada y misteriosa.

Aquella noche Magda hablaba en el sillón del living con Jimena casi dormida sobre su falda y Gonzalo sentado a sus pies (el chico armaba un camión en connivencia con su abuela estirando el momento de irse a la cama), ya habían terminado de comer y el resto la escuchaba frente a la chimenea encendida:

—Dicen que las pirámides de Tikal son majestuosas, las ruinas ocupan más de quinientos kilómetros cuadrados y están situadas en una colina baja sobre un terreno pantanoso en medio de la selva. Esa fue, según parece, la razón por la cual los mayas se instalaron allí en el año setecientos antes de Cristo.

—Según leí creo que también influyó para su emplazamiento la abundancia del pedernal, una piedra valiosa que los indios usaban para fabricar garrotes y puntas de flechas —agregó Juampi acercándose al bar, un fragmento ahuecado de la proa de un barco que aca-

rrearon desde un pueblo de Chile y encallaba ahora en la sala con su mascarón descascarado: sirena sorprendida de cargar copas en vez de corsarios y enfrentar sillones en lugar de ballenas.

—¿Alguien quiere probar mi guindado? —el dueño de casa cambió de tema sin variar el tono— lo puse a macerar en diciembre, ayer hice la colada y recién hoy lo embotellé.

—Uy que bueno hermano, acepto.

—A mí, hijo, servime muy poco porque engorda una barbaridad.

—Yo también quiero sólo un sorbito porque como dice Magda es siniestro para el peso —agregó Patricia, la novia de Lucio, una psicóloga cuya silueta denotaba que no era aficionada a los licores, incómoda por ser la única ajena al grupo y tratando de congraciarse con su nueva suegra.

—Paso por ahora, gracias —Laura aproximó unas pequeñas copas de cristal tallado, herencia de su abuela y fue repartiendo a cada uno.

—A mí también —pidió Gonzalo.

—Ni se te ocurra —desestimó su mamá— y ya que estamos ¿no te parece que es tiempo de irte a dormir?

—¿Puedo darle una pizca para que pruebe? —Magda sumergió la punta de su dedo dentro de la copa y lo ofreció al nieto que respondió con un gesto de asco.

—¿Viste que no era para chicos?

Dirigiéndose hacia el resto continuó como si no la hubieran interrumpido:

—Así es, abundaba el pedernal, la piedra esa que decís, con eso hacían no sólo las herramientas sino que inclusive llegaron a usarlo para construir edificios ceremoniales.

—Está buenísimo brother —lo felicitó Lucio.— ¿Y sabés que relación tuvieron esos mayas con los de Méjico? —agregó dirigiéndose a su madre.

—No demasiado, sólo que a mediados del siglo sexto hubo una alianza entre Tikal y Teotihuacán que hizo que los mayas adoptaran tácticas militares que les permitió extenderse hasta tener una población de más de cien mil habitantes.

—Magda disculpame, me da un poco de vergüenza insistir con lo mismo pero ¿vos estás segura que no es peligroso que te vayas al medio de la selva?

—Lo sería si fuera a lomo de mula —no dejaba de halagarla la preocupación de su nuera— y no a bordo de un avión perfectamente equipado para transportar a cientos de turistas por día.



—Señores pasajeros estamos por aterrizar en el aeropuerto de la ciudad de Guatemala en donde el clima es de veinticinco grados centígrados y son las nueve y diecisiete de la mañana hora local, rogamos que permanezcan con sus cinturones de seguridad ...

Magda dejó de prestar atención a la voz de la azafata para recoger las dos revistas que había comprado en Ezeiza antes de salir y apenas hojeó, más el libro que preparó para leer en el avión y ni llegó a abrir.

Pese a su vecino de asiento, un yanki de la edad de Lucio con el que apenas si cruzó las palabras rituales: *where are you from?*, *how long will you stay in Guatemala?*, *is it your first time there?*, el vuelo pasó volando. Sonrió al advertir la redundancia de su pensamiento, pero más allá de la obviedad reparó en que era la primera vez que había podido atravesar varias horas de silencio lo suficientemente entusiasmada como para no esconderse tras alguna lectura idiota o un sueño inducido. Recordó que de joven era capaz de quedarse así, pensando en nada sin un tema fijo que la ocupara, estando simplemente. De joven, ¿cuánto hacía de eso?: ¿tres años desde que murió Roberto?, ¿seis, desde que los chicos se habían ido a vivir solos?, ¿quince, desde que renunció a Martín?, aquel músico chileno que le propuso una historia más ancha que su coraje cuando no se animó a largar todo para seguirlo. Qué importaba cuánto, una vida. Tanto que ni siquiera era posible medirlo en tiempo.

Guardó los anteojos en su cartera, plegó el antifaz y la almohadilla que había usado durante la noche.

Sin embargo tampoco se sentía vieja, decadente sí, en proceso de todavía podía ser, pero no vieja. La juventud así como la vejez eran palabras demasiado abarcativas como para encerrarlas en un significado único. ¿Acaso se sentía joven a los quince cuando tomó

cinco aspirinas con intención de suicidarse? Evocó con nitidez la cara de aquel noviecito que le generó deseos de morir, un granudo con mal aliento que la había abandonado por una vecina con menos tetas y más permisos dándole la oportunidad de emular a Alejandro Dumas cuando al terminar *La Dama de las Camelias* consideró que no era muy distinto intoxicarse por amor que agonizar enamorada, sobre todo porque tampoco le era fácil contraer tuberculosis. Sonrió sorprendida de recordar el asombro con que despertó de aquel sueño que había emprendido como definitivo. En realidad a los quince jamás se cuestionó la juventud porque mucho más que joven se sentía eterna aunque tuviera las inhibiciones y los pruritos de una cultura vieja a la que obedeció por idiota o ignorante. Por joven, concluyó circularmente.

Se puso los zapatos. Quién pudiera volver atrás, suspirando terminó de juntar las pocas cosas que seguían desparramadas, recuperar aquella edad pero con esta experiencia, cumplir con el sueño de la humanidad: tener la fuerza y la belleza intactas, las ganas de entonces pero conservando la sabiduría de los errores.

El avión completó su aterrizaje, el vecino ya cargaba su mochila y esperaba de pie a que la fila del pasillo comenzara a moverse. *By, by, nice to see you.* No dejaban de asombrarla las paradojas de la posmodernidad, pensar que había dormido junto a un desconocido del que no sabía ni el nombre pero sí algo tan íntimo como que roncaba y tenía dificultad para despertarse.

Apenas salió de la aduana empujando el equipaje vio a un muchacho menudo vestido con una camisa de jean que levantaba tímidamente un cartel con su apellido mal escrito a mano, se acercó hasta él con el brazo extendido bendiciendo la eficiencia de su agencia de turismo.

—Mucho gusto, soy la que está esperando.

El joven dudó antes de entregarle una mano floja en un gesto parecido a un saludo, enseguida se hizo cargo del carrito con las valijas y pidió que lo siguiera, caminaba en silencio. Una vez en el coche abrió la puerta de atrás para que se ubicara y arrancó sin agregar una palabra.

—¿Vamos directamente hasta la ciudad de Antigua, no? —Magda estaba despierta y con ganas de charlar. Le encantaba este mo-

mento de los viajes cuando ya había bajado del avión y lo que restaba por vivir tenía la promesa de un paquete con moño.

—Sí.

—¿Estamos lejos? —sabía perfectamente cuál era la distancia que separaba a Antigua del aeropuerto de la ciudad de Guatemala porque lo había leído en “Viajando por América Central”, el libro que compró antes de salir, pero era una manera de iniciar el diálogo.

—Y..., una media hora según sea el estado del camino.

—¿Y en general cómo suele estar el camino?

—Y... depende de la hora —aparentemente a camisa de jean no le interesaba iniciar ningún diálogo.

—¿Y a esta hora?, digo, todos los días ¿cómo suele estar el camino a esta hora?

—Y... depende.

—¿Cómo es el clima? —si había algo que no se podía decir de ella era que se diera fácilmente por vencida.

—Y... depende.

—No hace frío para nada ahora, ni calor, se siente muy agradable, ¿es siempre así la temperatura?

—Y... depende.

Suficiente, una cosa era ser perseverante y otra ser pesada, le encantaría averiguar más del lugar pero si el hombre no quería hablar no quería, esperemos que la parquedad no sea una característica de los guatemaltecos, se conformó resignada, ya encontrará alguno que me responda. Se apoltronó en el asiento decidida a apreciar el paisaje: magnífico.

Durante más de media hora recorrieron una ruta escoltada por colinas y una vegetación desmesurada hasta que luego de girar por un camino lateral llegaron a una calle empedrada en la que apenas si entraba el auto. Muros pasteles, faroles de hierro forjado y portones de madera remachados con clavos cerraban casas de ventanas enrejadas.

El tiempo parecía haber retrocedido, sólo la presencia de algunos turistas, desentonando entre mujeres vestidas con trajes multicolores y chicos revoloteando a su alrededor, daban cuenta que el cambio era sólo espacial.

—Fabuloso.

Magda se asomó incrédula por la ventanilla aprovechando que habían disminuido la velocidad. Hubiera querido pedir que detuviera la marcha al pasar frente a los portales entreabiertos por los que alcanzó a espiar patios con enredaderas, pero la parquedad del muchacho la disuadió. Recién entonces notó que no había árboles en las calles, lo comentó sin esperar respuesta, sólo por la necesidad en ponerle palabras al asombro.

—Así es, el follaje está dentro de las viviendas —contestó sin embargo el chofer a la vez que enfilaba hacia un portón verde.

El hotel era una casona antigua transformada en posada con jardines refrescados por surtidores de piedra, tallas de maderas y galerías con mayólicas que rodeaban las habitaciones cuyos ventanales se abrían sobre árboles abrazados por plantas; el canto de los pájaros, tan coloridos como el resto, resonaban a la par de una marimba que se escuchaba al fondo.

—En dos días vendrán por usted para llevarla hasta Atitlán —la formalidad con que hablaba el joven hacía que una simple información se oyera como una amenaza.

Magda se preguntó si dos días serían suficientes pero estaba tan apurada por salir que no le interesó averiguar más detalles, sólo deseaba cambiar su ropa por otra más liviana para abalanzarse a recorrer el lugar.

Sin mapa ni reloj, sin rumbo, se dejó perder por los callejones sinuosos que subían, se cortaban en un portón con rejas para bajar otra vez tras una iglesia. Permeable a los olores, entrando en los dibujos de la luz, acunada por los susurros de las fuentes que se oían cuando callaban las campanas, caminó según su curiosidad y admiró en silencio a cada mujer con la que se cruzaba: indias hermosas ataviadas con tocados rojos, azules, amarillos, engalanadas con faldas hasta el piso, huipiles, de fiesta; con sus hijos más pequeños adosados a las espaldas y los mayores jugando entre sus polleras mientras ofrecían su mercancía: artesanías, bordados, velas. Otras sosteniendo bultos sobre la cabeza balanceaban las caderas con gracia de siglos. A lo lejos, omniscientes, los volcanes.

Descubrió los mercados, regateó los precios oscilando entre avergonzarse y cumplir con su parte en un ritual. Al sentir hambre compró en la calle unas tortillas que cocinaban sobre la vereda y encaramada a una estatua se dispuso a disfrutar de su almuerzo. Si

Mónica me viera, pensó saboreando sin miedo, no le alcanzaría el espanto para advertirme contra el cólera, la difteria, la gastroenteritis y quién sabe que otra peste. Entró a las iglesias, espío en cada puerta, visitó museos, negocios, salas de arte.

—Hi, how are you? —en la plaza principal se cruzó con el yanki rubio del avión que apenas si la reconoció, comía un choclo que sostenía en equilibrio junto a una lata de Coca Cola y una banana.

—Fine fine —contestó el hombre con la boca llena— this is wonderful, really great, fantastic.

Realmente tenía cara de estar really great—wonderful—fantastic, nada que ver con la expresión sosa que portaba hace unas horas.

¿A mí también se me verá diferente?, por primera vez desde que salió de Buenos Aires le pesó estar sola y no tener a quién preguntarle, ¿pero acaso hubiera podido consultarlo con Roberto de haber estado con él?, si su marido jamás registraba esos detalles. ¿Otras parejas sí lo harían?, ¿existiría alguno que estuviera atento a los cambios de su esposa? Cómo saberlo. Sí en cambio tenía claro que pese a que no tenía quién la mirara nunca había disfrutado tanto de un día de viaje. ¿Será porque con el difunto todo era más aburrido o quizás porque nunca se nos ocurrió venir a Guatemala? No se detuvo en la respuesta.

Cuando llegó la noche estaba agotada, no recordaba que se pudiera estar tan viva, pensó mientras se hundía en el colchón. Por suerte tenía planeado un día más en Antigua antes de visitar el resto del país, además de otros de descanso previos a emprender el regreso a casa. Decidió que a la mañana siguiente repetiría el recorrido añadiéndole método y restándole voracidad para volver a los lugares que ya se le confundían.

Se despertó temprano y saltó sin demora de la cama en busca del desayuno. En un rincón del jardín encontró la zona del restaurante: un conjunto de mesas impecables, servidas con manteles almidonados, vajilla blanca y flores naturales dentro de vasijas que inmediatamente reconoció como regalos potenciales, la esperaban bajo un toldo de cañas. Tendría que preguntar si las vendían.

Eligió un lugar cercano a un surtidor en el que el agua resbalaba por el musgo. Una pareja de papagayos multicolores y otra de turistas americanos ídem, la acompañaban. A punto de terminar su granola de cereales con frutas llegó una segunda pareja.

—Ciao, bon giorno —saludaron vagamente antes de ubicarse en un rincón.

Magda devolvió el saludo con la misma vaguedad disimulando su mirada.

La mujer, descalza, usaba una bikini diminuta en tonos estridentes y un pareo enrollado a la cintura; se los notaba distendidos, familiarizados con el lugar y los mozos, debían de estar alojados en el hotel desde hace mucho, especuló. Él llevaba un traje de baño tan minúsculo como el de ella en color flúo, horrible, dictaminó haciendo un esfuerzo por correr sus ojos aunque no la miraban ni parecían notar que eran mirados. Se robaban el pan y reían indiferentes, ninguno tenía más de treinta años, cuchicheaban cómodos con el desparpajo del que se sabe perfecto. Ordenaron una jarra de agua con hielo para que se la llevaran a la piscina y volvieron a saludar con idéntica vaguedad al retirarse.

Cómo será vivir así, se preguntó Magda al verlos irse, con esa edad y aquel aspecto. En ese momento la mujer se quitó el pareo y, provocativa, lo hizo flamear por sobre sus cabezas, lo dejó caer. ¿Él sí notaría los cambios en la expresión de su cara?, intentó adivinar al ver la tela que flotaba como un techo o una aureola por encima suyo.

Sintió vergüenza al reconocer su envidia, ¿qué me pasa, estaré con un ataque agudo de viejez? Si yo también tuve alguna vez esa edad y no sé si ese cuerpo pero sí uno bastante pasable, intentó conformarse volviendo a prestar atención a lo que restaba de su granola. Pero nunca esa placidez al habitarlo que veía en los jóvenes de hoy, ni aquel permiso para la belleza ni la complicidad con ningún otro, reconoció a su pesar. Y bueno piba, si es así ya no podrás saberlo. No iba a dejar que un montón de lamentos inútiles le arruinaran la excursión ni el día.

Dio por terminado su desayuno y otra vez volvió a las calles con la misma falta de rumbo. Su desorientación natural la ayudó a perderse, único método efectivo que concebía para conocer una ciudad.

Al estar más descansada pudo alejarse por pasajes que no recordaba haber visitado, fue llegando desde un sitio hasta otro pidiendo consejos en cada lugar que entraba para que le recomendaran cuáles eran los principales puntos de atracción:

—La Casa K'ojom es un museo de la música —le informó una guía con la que se cruzó en un local de antigüedades. La mujer conducía a un rebaño de turistas y esperaba aburrída a que acabaran de comprar, ¿ya está?, preguntaba a sus pasajeros y el tono le recordó a Magda la época en que aguardaba que sus hijos terminaran de hacer caca.— Es interesante —continuó la señora mientras abría su cartera, Magda espío para ver si sacaba el rollo de papel— y no está muy lejos —extrajo en cambio una libreta con espiral en donde anotó algo que no alcanzó a ver— nada es lejos en Antigua —agregó sin mirarla, someramente le indicó cómo llegar.

Milagrosamente lo encontró.

Era una construcción de planta única y techo plano ubicado a mitad de cuadra sobre una calle de tierra, el término museo le queda un poco grande, evaluó apenas entró, se trataba de uno de esos emprendimientos heroicos que seguramente habría realizado algún enamorado de las costumbres de su país para exhibir los tesoros nacionales sin contar con el apoyo de empresas ni gobiernos. Había una sala amplia con otras dos pequeñas a cada lado en la que se exhibía una serie de fotos en las paredes junto a distintos instrumentos musicales, cada uno con su explicación en inglés y en español. En un rincón habían armado un puesto en el que se ofrecían a la venta varios de esos instrumentos junto a postales, golosinas y latas de gaseosas. En la habitación de la derecha proyectaban un video de corta duración a pedido del público con la música de las diferentes localidades más otra descripción de lo que estaba expuesto en la sala de al lado.

Efectivamente es interesante, pensó Magda a punto de marcharse, no era el British Museum pero estaba bien, entonces recordó que no había visitado la otra sala, giró sobre sus pasos.

Se impresionó al entrar: a modo de show room habían construido un rancho de tamaño natural, sin paredes y con techo de paja sostenido por dos troncos delgados. El piso era de tierra y estaba cubierto por flores y frutas, con maniqués de trapo arrodillados a los pies de un muñeco del tamaño de un hombre sentado en una silla, elegantemente vestido con zapatos de charol, chambergo, pañuelo al cuello, anteojos oscuros y un habano en la boca, rodeado por ofrendas de velas de distintas medidas y colores, algunas encendidas, botellas de ginebra o algo similar, dulces y otros alimentos.

Reconoció la ambientación como la de un ceremonial pagano similar al que había visto en fotos y presenciado en Brasil. A un costado, esta vez apoyado sobre un atril, el mismo cartel escrito en dos idiomas en donde explicaba que era San Simón o Maximón, deidad local:

“...ceremonia efectuada por fieles de su cofradía”. Como aclaración era bastante escueta. Miró a su alrededor buscando quien pudiera darle otros detalles. Se acercó a un hombre robusto que cuidaba la puerta de calle.

—Por favor, ¿me podría explicar algo más acerca de lo que muestran en esa sala?— señaló el lugar de donde venía.

El cuidador la miró serio y tardó tanto en contestar que pensó que quizás no había comprendido, cuando estaba a punto de repetirlo él respondió:

—Es una ceremonia de la cofradía de Mashimón —pronunció así: Mashimón —ahí dice.

—Sí, ya leí pero quería saber algo más —él no la miraba —¿no sabe si habrá algún libro con información?— insistió incómoda.

—Mashimón es un santo, no hay nada más que saber. —Fijó sus ojos en la puerta a través de ella y esta vez no volvió a agregar una palabra.

Evidentemente se había acabado la charla, por lo que habiendo visto lo que había para ver decidió continuar con su camino.

Siempre le interesaron las creencias de cada cultura y ahora se sentía intrigada por aquel rancho con el muñeco, así que buscó en las librerías del centro hasta que dio con un pequeño libro sobre mitos y credos del lugar.

Esa noche, ya bañada y luego de haber cenado leyó en la cama que San Simón o Maximón era objeto de culto entre los indígenas: “... fusión de Judas Izcariote en el sincretismo de la iglesia católica con antiguos dioses mayas y Pedro de Alvarado (feroz conquistador de Guatemala). El pueblo adora a esta figura a quien brinda ofrendas de alimentos y velas a cambio de favores”.

Decía que la sociedad que nucleaba a los creyentes se llamaba cofradía y que era de importancia capital en el país y en otras partes de América Central en donde operaba con nombres diversos. También que era despreciado en algunas regiones.

“... en las ceremonias religiosas los sacerdotes dan de fumar y beber alcohol a este muñeco ataviado con elegancia y ropas costosas, siendo (los sacerdotes) intermediarios entre la deidad y sus fieles”. Como en todas las religiones, pensó ahuecando su almohada.

“... sus rituales se celebran tanto en las cofradías como dentro de las iglesias católicas y conjuntamente con las misas: mientras los curas dictan sus ceremonias, sus pares de la fe de Maximón o San Simón hacen lo propio en las naves de las iglesias coincidiendo en determinados momentos de la liturgia”. También decía que se realizaban peregrinaciones en las que trasladaban la figura seguida por miles de creyentes y que los sacerdotes eran pagados por las cofradías que reunían sumas millonarias donadas en agradecimiento por los favores otorgados a sus fieles.

“...santo muy poderoso, preferido por las clases bajas, es considerado amigo de prostitutas y jugadores”. A continuación detallaban una serie de testimonios de quienes habían sido beneficiados con su ayuda. Empezaba narrando las penurias que los llevaron hasta Maximón, seguía con el relato de cómo habían sido escuchadas sus plegarias y la forma en que fueron respondidos. Había declaraciones de novias que contaban cómo recuperaron a sus enamorados, hijos que sanaron, negocios prósperos y operaciones exitosas junto a consejos acerca de cuál cofradía era más ventajosa, recomendaciones para usar su perfume en las ofrendas, referencia a los cristales bendecidos por los sacerdotes autorizados o qué color o tamaño de vela correspondía a cuál problema.

Los rituales de la fe son casi idénticos en todas las religiones, pensó Magda al sentir que el sueño la vencía, le costaba continuar con la lectura.

Interesante, me gusta este Maximón, se dijo antes de dormirse.